

PALABRAS CLAVE: MAR DEL PLATA – UNDER – MÚSICA
KEYWORDS: MAR DEL PLATA – UNDER – MUSIC

Mar del Plata y la comunidad de la música

Federico Georgini¹

El velo o cruzando la otra vereda²

En el imaginario marplatense promedio, hablar de ir a escuchar música en vivo difícilmente se presente como una actividad que involucra la producción de un evento local, de una expresión autóctona. Esta barrera, este velo ingrato para la cultura de Mar del Plata, ha sido, a la vez, aquello que permitió la construcción de una comunidad que germinó como consecuencia de la desidia, como búsqueda pragmática de una alternativa cultural y existencial.

Para poder desarrollar esta caracterización, es clave hacer foco en un elemento muy simple pero complejo en sus pliegues: el vínculo cultural entre Mar del Plata y Buenos Aires. Hasta la llegada de la banda ancha de internet, Mar del Plata corría con mucha desventaja para acceder a las novedades culturales. La cuestión del acceso material a estos bienes en relación a la capital, los 400 kilómetros de distancia y la ausencia de un mercado que garantizara a la masa el acceso a dichas novedades, dejó a la ciudad costera relegada. Pero esa diferencia inicial en la accesibilidad no es el único rasgo fisonómico de este vínculo. Al presentarse como una ciudad carente, Buenos Aires –con su industria y su acceso al capital cultural– se constituyó como dadora. Así se establecieron las dos caras de una misma moneda.

¹ Federico Georgini, en la academia, es Licenciado en Filosofía por la UNMDP y trabaja en su tesis doctoral sobre Nietzsche desde hace algunos años. Docente de secundaria y Secretario del Departamento de Filosofía de la UNMDP. Por otra parte, ha sido asistente de escenario (o *plomo*) de *Ligeia Circus* y de *Los Tantra*, ha participado en la organización de eventos y festivales, ha formado parte en la organización de giras de *Los Tantra* por Argentina y Brasil, con quienes también ha sido músico de apoyo en alguna ocasión. Mail de contacto: magnetogrunge@hotmail.com

² “Cruzando la otra vereda” es el tercer tema del disco *1* (1998) de la banda marplatense *Mal de Parkinson*.

El vínculo unilateral no es casual. Responde a ese movimiento veraniego, a esa mudanza sistemática que se da cada comienzo de año, en el cual toda la producción de espectáculos se traslada de la capital a la costa. De pronto, los personajes de la televisión y de la radio están en Mar del Plata y ofrecen sus espectáculos: históricamente, ése ha sido el momento para, por ejemplo, acceder a los recitales de los artistas que resultan inalcanzables a lo largo de todo el año. Ése ha sido el momento de acceso para la comunidad marplatense y así se estableció el mito que signó a la ciudad: la única producción musical válida es aquella que cuenta con los mejores medios técnicos y el aceitado aparato de difusión, esa es la que proviene de Buenos Aires y sólo está al alcance durante la temporada de verano. Entonces, lo bueno pasa en el verano, el resto del año es la preparación para lo bueno, con lo cual, en una visión dicotómica, si no es lo bueno, es lo malo. Así se produjo el ocultamiento originario.

Dormir bajo el ruido de la lluvia³

A fines de los 90 y principios de 2000, cobró forma un circuito musical cocinado a la sombra por un sector de la juventud marplatense. Como buena producción cultural, la música surgida del seno de una comunidad lleva encriptado un código genealógico. Así, dicho circuito puede comprenderse, en parte, por ese vínculo unidireccional (contrario al bilateral mantra publicitario de Norbert Degoas) Buenos Aires - Mar del Plata. El supuesto vacío reinante a lo largo de la mayor parte del año fue develando una identidad.

No se trató de una expresión masiva, tampoco se trató de una expresión exclusivamente popular. Los segmentos sociales de donde fueron surgiendo diferentes tipos de bandas musicales eran de clases medias y clases medias pauperizadas por los años de crisis. En su mayor parte, hijos de trabajadores que veían cómo sus padres y madres perdían calidad de vida cada día y eran doblegados anímicamente por la ciudad.

A este escenario hay que sumarle que las opciones para la juventud en Mar del Plata siempre fueron muy acotadas: aceptar trabajos mal pagos en condiciones informales, quedar a la espera de que los vínculos personales faciliten el acceso a trabajos con condiciones laborales menos malas, intentar en la universidad (la cual, 20 años atrás, contaba con menor estructura) o migrar: La Plata, Buenos Aires o Europa. Esas eran las opciones en orden creciente.

³ "Dormir con el ruido de la lluvia" es el segundo tema del disco homónimo (2006) de la banda marplatense *Luzparís*.

A la vez, agravada la crisis económica, migrar era más difícil y, en algún punto, el irse a La Plata o Buenos Aires no era tan apetecible, ya que había que pagar el costo del desarraigo, el costo monetario del movimiento y nada aseguraba que la situación fuera a mejorar. Ese desencanto generalizado tuvo como contracara un enraizamiento identitario respecto a la propia ciudad, a las calles, a las plazas, al mar. De modo que, a diferencia de antaño, el grueso de esa generación asumió que habitaría el páramo de lo no bueno, pero sería su lugar.

El tiempo entre marzo y enero comenzó a convertirse en el momento cuando se daba la apropiación del espacio. La realización del Festival Internacional de Cine, que por ese entonces se desarrollaba a mediados de marzo, daba inicio al movimiento. La inyección cinéfila estaba acompañada del retiro del turismo, las calles volvían a vaciarse, los trabajadores golondrina migraban, las luces se apagaban y el clima recobraba sus arrebatos agresivos. En ese contexto, se forjaban lazos y alianzas, se construía, casi sin saberlo, un lenguaje, un relato, una serie de mitos propios alimentados por personajes autóctonos y con música original.

La dinámica era simple: no aceptar lo dado por el mero hecho de que fuera lo dado. Antes que trabajar por dinero que no alcanza, más vale ser poseedores del tiempo; antes que ir a boliches masivos que semejaban factorías de divertimento predeterminado, más vale construir una alternativa con criterios propios. El dinero no importaba, la calidad inicial tampoco, lo que importaba era expresarse, compartir la creatividad y encontrar esa auténtica diversión tan esquiva. O, al menos, intentarlo.

La sonadora⁴

En gran medida, el cóctel de variables identificadas previamente forjó un nuevo territorio. Frente al aislamiento y la desolación propuestas por el medio, la construcción colectiva de una alternativa es el gesto de resistirse a lo dado, resistirse a ser arrastrados por la inercia de una ciudad que castiga existencialmente a sus habitantes. También ésta es una resistencia al aburrimiento, a la miseria, a la propuesta de que la diversión sólo es posible con dinero. Emerge el ejercicio creativo como parte del gesto de resistencia.

Así se conformó una zona más allá de la frontera marcada por la oferta disponible, construida precariamente en eventos esporádicos, muchas veces clandestinos. Había lugares que funcionaban como usinas de encuentro: la Mula Plateada, la Vinoteca Perrier, la Plaza San Martín los viernes por la tarde/noche, la

⁴ "La sonadora" es el cuarto tema de la primera edición del disco *Átentã* (2004), de la banda marplatense *Ligeia Circus*.

Biblioteca de la Juventud Moderna, el Centro Cultural Julio Cortázar (hoy demolido para dar lugar a un edificio), la Plaza Mitre, el bar “El Lavadero”, el Skatepark de Constitución (también demolido) o, en ocasiones especiales, el Teatro Auditorium. Ahí se producía el reconocimiento, el encuentro con un otro que de pronto era un *nosotros*. De este modo, en los recitales, se entrelazaban los relatos y se ampliaba el panorama.

A la vez, eran pocos los adultos en ese mundo. Dado que Mar del Plata nunca apostó estructuralmente a la cultura local, la gente adulta que sobrevivía en esos espacios era, entonces, habitante de los márgenes: díscolos y misteriosos. Justamente, en estos personajes se leían los vestigios de generaciones anteriores, de gestos previos que habían sido desgastados y fagocitados por la ciudad. Llegado el momento, la tarea debía ser evitar convertirse en el castillo de arena que se erige en la orilla del mar, al que la gradual subida de la marea va deformando suavemente, hasta asimilarlo, al final, con el resto de la playa. Pero era difícil aprender de experiencias previas porque no había registro ni relato y al final del día, no era la tarea principal. Visto en perspectiva, quizás había algo de esos cuentos de Jack London, donde unos exploradores pioneros se aventuraban sin ninguna garantía, pero también sin tener mucho que perder.

En unos pocos años, se fue dando una acumulación tanto vincular como de experiencias organizativas. Así, a la vez que crecía la autoconciencia de estar estableciendo parámetros, éstos se ponían en tensión y ensayaban una toma de distancia de los carriles preponderantes. El habitar estos pliegues permitía buscar el distanciamiento de la comunidad masiva que le daba la espalda a las expresiones artísticas locales. A medida que germinaba una nueva comunidad, germinaban otros lenguajes, otras miradas, otras valoraciones, otras expectativas. Al menos, de forma incipiente.

Emergieron estéticas que no respetaban esa búsqueda del embellecimiento bajo los parámetros dominantes. Se produjo un collage entre la estética punk, hardcore, heavy metal, el rock barrial conurbano, el hip hop, MTV y el ambiente techno: la luz negra, las ropas emparchadas y el animé japonés. Dado que los territorios que albergaban a estos grupos eran poco glamorosos, no hacía falta cumplir con las pautas estéticas de los establecimientos masivos. Por el contrario, se profundizaba una suerte de feísmo y la extravagancia cobraba valor. De esta manera, se intentaba un refuerzo de la distancia: frente a la negación de la ciudad en el reconocimiento de la expresión local, se asumió la otredad, se asumió que la alternativa era florecer en las escisiones del tejido social.

En esa distancia crecía la identidad. Marcar la distancia permitió desarrollar un *topos* que al entorno opresivo de la ciudad, con sus reglas y expectativas prefabricadas para la juventud, no le interesaba alcanzar ni legislar. En algún punto

había algo de ingresar en un mundo invisible, por eso la extravagancia también era un modo de gritar que existía otra cosa. En ese traspaso de la barrera, un segmento pequeño de juventud cobraba la identidad que el medio no le permitía adquirir. A través del establecimiento de una nueva comunidad, aparecía una desmasificación, una autovaloración, autoconfianza para desarrollar ideas críticas. En medio de los eventos musicales había pleno lugar para la discusión ética, política y existencialista: surgían tópicos como la discriminación sexista, la explotación humana y animal, el “hazlo tú mismo”, la ausencia de perspectivas de una vida digna, el reconocimiento de Mar del Plata como un entorno hostil frente a la juventud, el rol de la educación, del estado o de las fuerzas represivas. El habitar la calle, en algún momento, inevitablemente enfrentaba a esta comunidad con la policía. Lo que emergía, de este modo, era el cuestionamiento ético más universal: ¿por qué algo está bien y por qué algo está mal?, ¿qué fines perseguimos como humanidad?

Estas discusiones también tenían otras manifestaciones: fanzines fotocopiados, pines con consignas, ilustraciones, arte plástico, performances. Todo se mezclaba con las bandas de música y los recitales que funcionaban como catalizadores. No obstante, al día de la fecha no hay una recopilación, catalogación u organización de materiales producidos en las décadas de los 90 y de 2000. Para acceder a ese tipo de publicaciones es necesario poder revisar archivos personales de quienes fueron partícipes e integrantes de esa comunidad. No quedó una literatura ordenada, de libre acceso, al respecto, ni siquiera un archivo musical a modo de documentación. No hay un registro riguroso de todo esto porque ni siquiera se identificó como un conjunto de expresiones culturales. En parte, creo que es una manifestación del mismo trauma marplatense: no poder aceptar que la cultura autóctona tiene entidad y valor.

Satori⁵

En algún punto, las expresiones antes descriptas podrían pensarse como parte de un conjunto en vistas de la identificación de una identidad cultural, en el que la música funcionó como el aglutinante. Escuchar cierto tipo de música permitía proyectar que quien lo hacía reflexionaba de cierto modo, comulgaba con ciertos valores éticos y estéticos, formaba parte de una comunidad, contaba con insignias distintivas que eran reconocidas por la propia comunidad y, por lo tanto, era un/a potencial amigo/a.

⁵ “Satori” es el séptimo y último tema del disco homónimo (2010) de la banda marplatense *Los Tantra*.

Aquello que permite sostener la posibilidad de pensar las líneas de continuidad es la proyección del impacto de aquel momento sobre generaciones que hoy son adultas. Las derivas, obviamente, son variadas. Están quienes se acoplaron finalmente a la lógica esperada, están quienes trabajan para poder mantener sus proyectos artísticos, están quienes lograron vivir de lo que hacían y tejen redes, están los que se fueron a otra ciudad o incluso quienes encontraron el modo de extender esa identidad en espacios ligados a la universidad o a lo político. Lo cierto es que se trató de un espacio que constituyó una alternativa al modo de existir y de pensar la vida en la ciudad. Muchos aún siguen construyendo proyectos musicales, interrelacionados. Eso que inicialmente fue una suerte de burbuja creció. Surgieron festivales, muestras, convenciones, ferias, clubes, sellos discográficos, agrupaciones y todo tipo de proyectos que entrelazaron a la gente de la escuela de arte Martín Malharro, del IPA (Instituto del Profesorado de Arte), del conservatorio municipal, de la universidad nacional, del teatro independiente, de los centros culturales, de las escuelas de fotografía y de tantos otros ámbitos creativos. Algunos proyectos se agotaron y dieron paso a cosas nuevas, otros continúan desarrollándose, mutando hacia nuevas identidades, dinámicos y transformadores como los impulsos vitales.

La escena musical marplatense desarrollada entre los 90 y principios de 2000 se erigió como un espacio que construyó sentido conceptual, filosófico y cultural, y sus derivas continuaron multiplicando los pliegues de la identidad de Mar del Plata. Por supuesto que no se trata de identificar algo lineal o estructurado. Este texto sólo pretende dar cuenta de un momento, capturar una secuencia seleccionada arbitrariamente para exponerla, para develarla, para hacerla visible. No como una totalidad, sino como un nucleamiento de elementos, de cruces que, si se los mira en perspectiva y en conjunto, pueden mostrarnos una fotografía de un tiempo. Seguramente hay perspectivas diferentes de esos momentos, de esos ambientes y del derrotero de esa comunidad. Entonces, este acercamiento es la búsqueda del rescate identitario, de suplir la ausencia de registro analítico, de construir genealogías que en el futuro puedan dar cuenta del surgimiento de otras expresiones, de otras comunidades, de otras trayectorias. En un ámbito caníbal, siempre frente a la desesperación por la falta de posibilidades laborales, hacer algo que no tenga por objetivo primario lo material sino los aspectos más existencialistas y comunitarios, es un gesto valioso en sí mismo. Merece un registro, una reflexión y *mosh*.